

servirán como oradores principales y cientos de científicos de todas las disciplinas de todo el mundo estarán presentes del 24 al 28 de octubre en curso, en el Centro de Conferencias del Hotel Herradura, departiendo con todos nosotros sobre la necesidad de un desarrollo productivo más humano, una nueva ética de lucro, una calidad de vida y un futuro más íntimamente relacionado.

No podemos negar que existe la necesidad de avanzar en favor de una mayor armonía entre la economía y la ecología y en el mantenimiento de

los recursos naturales para que los puedan utilizar nuestras futuras generaciones. Tenemos que trabajar en forma creativa para elaborar un nuevo estilo de desarrollo que aún no está totalmente diseñado pero del que requerimos participación comunal real en el diseño y en la acción. Tenemos mucho que aprender y mucho que enseñar sobre lo que se está haciendo en favor del desarrollo sostenible, por lo que con mucho agrado invitamos a la participación en el Congreso. ♣

Economía ecológica y espiritualidad: El reto de la participación comunitaria

Alvaro Fernández González

En la última semana de octubre se celebra en San José el III Congreso Internacional de Economía Ecológica (el primero fue en Washington, D.C., en 1990, y el segundo en Estocolmo, dos años después). El lema del Congreso es *Down to Earth*, traducido como *A la tierra*, pero cuyo sentido es realmente "aterricemos": de la creciente teoría en torno a la Economía Ecológica, aterricemos a sus implicaciones y aplicaciones prácticas. Nada resulta hoy más oportuno, cuando la institucionalidad política centroamericana levanta la bandera de la *sustentabilidad*, si no siempre como estrategia efectiva de desarrollo nacional, sí al menos como carta de negociación comercial en el escenario hemisférico, abriendo con ello espacio a un debate inaplazable.

Ahora bien: quizá el principal aterrizaje de la Economía Ecológica sea aquél relacionado —aunque suene paradójico— con la espiritualidad y la ética, tema que, tal vez por parecer demasiado sublime, se encuentra prácticamente ausente en el debate actual sobre el "desarrollo sostenible".

Sin embargo, se trata de un tema capital. Ello es así porque una economía ecológica, en tanto que forma sana de producción y consumo, social y ambientalmente hablando, sólo es posible si la Economía Ecológica, en tanto que perspectiva científica, se transforma en actitud y, más aún, en acciones coherentes con semejante perspectiva.

De ahí la importancia de la *ética*. Y no una

ética cualquiera, sino —y ésta es la tesis que quiero presentar aquí— una ética de participación profundamente *comunitaria*, en lo social, lo económico, lo político y lo ambiental. La práctica de una participación semejante —que construya *comunidad* en todos los ámbitos— es el único camino para un *desarrollo humano sostenible*, y requiere, sin duda, de lo que podemos llamar, cabalmente, la fuerza del espíritu. En este sentido, la *espiritualidad* no es una mera palabra de domingo: debe formar parte central del debate en curso, revitalizándolo, y provocar una transformación en nuestra forma cotidiana de vivir la vida.¹

Economía, ecología y ética: cuestión de fines y medios

En *Economía, ecología y ética* —libro fundante del movimiento de Economía Ecológica—, Herman Daly apunta que "el problema económico último de la humanidad es usar los medios últimos de manera racional al servicio del Fin Último" (Daly, 1989: 20).

Para Daly, los *medios últimos* son objeto de estudio de las ciencias físicas: la materia-energía de baja entropía, "que sólo podemos consumir pero no crear ni reponer". El Fin Último, objeto de la vivencia religiosa, es —por el contrario— de difícil definición pero lógicamente necesario: en efecto, "el mero hecho de hablar de prioridades en las metas supone un primer lugar, un principio ordenador"; se trata de "aquello intrínsecamente bueno y que no deriva su bondad de alguna relación

instrumental con un bien superior" (*ibid.*: 20s). Los medios intermedios (acervos de artefactos, fuerza de trabajo) y los fines intermedios (salud, educación, comodidad) ocupan la atención de las disciplinas de la técnica, la economía política y la ética, a su vez con un lugar intermedio entre la física y la religión

Como revela esta reflexión, la tríada conceptual en el título del libro compilado y publicado por Daly en 1980, resulta clave para caracterizar el sentido trascendente del movimiento que origina: para la Economía Ecológica, no se trata sólo de *ecologizar la economía* (circunscribiendo el subsistema económico y humano en el sistema más vasto de la naturaleza planetaria y cósmica), sino también de reintegrar en ella la preocupación central por lo ético y, más aún, por la espiritualidad de la vivencia religiosa.

Por esta vía se vuelve, ciertamente, por los fueros de la *economía política*: sacamos el pensamiento económico de la necedad neoclásica, que confunde, al decir del poeta Antonio Machado, valor y precio, hipostasiando la quimera inexistente de un mercado autorregulado. Pero logramos mucho más, porque al reconocer lo político desde la ética y la religiosidad, recuperamos el espíritu de la política, que es la fe activa en la comunidad. Y el espíritu comunitario es esencia, fundamento y destino último, no sólo de la economía y la ecología, sino del proyecto humano como tal.

Espíritu, comunidad y proyecto humano

Ahora que se habla tanto de participación comunitaria, y de desarrollo humano sostenible, conviene detenerse en el sentido de los términos. Cuando Teilhard de Chardin hablaba del *fenómeno humano* (1972), el teólogo jesuita visualizaba el sentido de la evolución —estudiado por él científicamente, desde la disciplina de la paleontología— como una espiritualización del universo. Para Teilhard, la aparición del ser humano sobre la Tierra revelaba una transformación de la biosfera por el surgimiento de la conciencia, y por las posibilidades que ello abría para el establecimiento de una *noosfera*, mediante el proceso de convergencia de las conciencias individuales hacia una conciencia supraindividual, colectiva: tal vez una unanimidad en la diversidad, semejante a una prefiguración del rostro de un Dios omnisciente en la Naturaleza.

La noción de *comunidad* resulta, en esta

perspectiva, consustancial al concepto de lo humano. Más allá de las comunidades biofísica (el *ecosistema*) y sociocultural (la *economía*), que sirven de origen y asiento a lo humano, hay una comunidad humana como *proyecto* o aspiración: es la convergencia individual en lo colectivo, que esbozan las grandes utopías religiosas y políticas, desde la antigüedad hasta nuestros días. Cuando los místicos de Oriente y Occidente han hablado de *espíritu*, apuntan a esa fuerza integradora que supera todo desequilibrio, desigualdad, discriminación y oposición, construyendo la aspiración utópica de una *comunidad humana*.

Desde esta perspectiva, el desarrollo humano sostenible sólo existe cuando se avanza hacia la construcción de una comunidad humana. Si hablamos de *participación comunitaria*, no es sólo como medio para un fin (por ejemplo, facilitando los procesos de descentralización o privatización del Estado), sino porque en este caso el medio es también fin: la participación construye comunidad, y ello es ya —en sí mismo— desarrollo humano.

Hacia un desarrollo desde adentro y desde abajo

Como vemos, hablar de espiritualidad es consustancial con una ética comunitaria. Pero debemos aterrizar aún más, para explicitar el vínculo existente entre la participación comunitaria y las estrategias emergentes que apuntan hacia una auténtica política de desarrollo.

En este respecto, la noción de un desarrollo *desde adentro y desde abajo* —en debate desde los años setentas²— cobra nueva vigencia, enriqueciéndose con la experiencia de los procesos de ajuste en los años ochenta. Hoy, este enfoque se orienta hacia lo que podemos calificar de *desarrollo regional sostenible*: una organización local-regional de la producción, con objetivos de sustentabilidad económica, ecológica y social, articulando la pequeña y mediana producción de consumo interno (local, regional y nacional), con la producción centrada en la elaboración de recursos naturales locales, no sólo para el mercado nacional, sino incluso para el mercado externo.

Se trata de un planteamiento alternativo, tanto frente al antiguo modelo de desarrollo "hacia adentro", como ante el nuevo modelo de desarrollo "hacia afuera". Es *desde dentro* (de la periferia hacia el centro) porque, si bien no se contraponen a la inserción en el sistema mundial (es decir, también está dispuesto a ir *hacia afuera*), lo quiere

hacer en otras condiciones: con autonomía, fortaleciendo simultáneamente las bases internas para un crecimiento sano, humanamente hablando. En este respecto, la satisfacción de necesidades básicas es no sólo un acto de justicia, sino también la mejor manera de aumentar la productividad de nuestros recursos humanos, y en consecuencia su *competitividad* de largo plazo en la economía mundial. Y es desde abajo (de los sectores populares hacia el resto de la sociedad), porque es participativo, tanto en lo económico (a través del énfasis en la economía popular, y la pequeña y mediana empresa) como en lo político (buscando la descentralización del Estado, la municipalización y el *empowerment* local).

Esta visión es parte de un nuevo espíritu mundial de largo plazo, expresado en el Foro Internacional de Organismos No Gubernamentales reunido en la Cumbre de la Tierra ("Declaración de la Tierra de los Pueblos", en ANGOC-IREDA Asia-PCDForum, 1993): prioridad a las necesidades básicas comunitarias, y a la conservación energética; desarrollo de la calidad de vida humana (relaciones sociales, creatividad, expresión cultural y artística, espiritualidad, oportunidad de ser productivo); economías locales descentralizadas, autóno-

mas, autosuficientes, ecológicamente sostenibles, con acceso de todos al control y el beneficio de sus recursos; intercambio justo y equilibrado entre economías locales y nacionales; libre acceso al conocimiento acumulado por la humanidad; transparencia en todos los niveles de los procesos de decisión.

Un elemento adicional, pero clave, en la orientación emergente es el aterrizaje final en la afirmación de la importancia estratégica del espíritu comunitario: la noción de que el "desarrollo sostenible" requiere un enorme esfuerzo de participación local (concebida comúnmente como participación *comunitaria*), concertación y formación de coaliciones, sin precedentes y sin límites previos. Dado el alto riesgo, la incertidumbre y los conflictos distributivos existentes en torno al desarrollo sustentable, todas las partes involucradas (gubernamentales, civiles, empresariales, voluntarias) deben contribuir creativamente, pues de lo contrario será imposible avanzar en la dirección deseada. En efecto, la información, los juicios de valor y la voluntad de actuar de todos los involucrados son condiciones indispensables para que semejante desarrollo pueda llegar a diseñarse y ejecutarse eficazmente.

¹ La contribución clave en este respecto es de Daly (1989), presentada a continuación. En ANGOC-IREDA Asia-PCDForum (1993) se encuentra un enfoque desde la espiritualidad oriental.

² Este debate se alimenta, fundamentalmente, de las propuestas de "ecodesarrollo" y self-reliance (auto dependencia, autosuficiencia o autodeterminación, según el traductor) ampliamente divulgadas en esta década. Pero hoy ha sido retomada, no sólo por el neoestructuralismo latinoamericano y la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina (CEPAL), sino incluso por organismos financieros como el Banco Mundial y agencias de cooperación como la AID. Ver Fernández González (1974).

Referencias

- ANGOC-IREDA Asia-PCDForum, 1993: *Economy, Ecology & Spirituality: Toward a Theory and Practice of Sustainability*, September.
- Daly, H. (compilador), 1989: *Economía, ecología y ética. Ensayos hacia una economía en estado estacionario*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Fernández González, A. 1994: *Desde adentro y desde abajo. Experiencias populares de desarrollo regional sostenible en Costa Rica*, en preparación.
- Teilhard de Chardin, P., 1972: *El fenómeno humano*, Madrid: Taurus. ♦

Significado económico del turismo en la actual coyuntura costarricense

Emilio Vargas Mena

En los últimos cuarenta años el turismo en Costa Rica siempre observó, casi de manera

permanente, incrementos anuales en la tasa de visitantes. La única excepción a esa tendencia fue